

1

ELLIE

Me cierro bien el abrigo para intentar evitar que la niebla se me cuele por el cuello y me acerco a una enorme puerta negra en Wimpole Street. Me siento como si fuera la candidata a ser la primera víctima de una película de terror, la que prepara el escenario para que se desate el verdadero pánico sobre la protagonista femenina, que es lo que de verdad interesa al público. Temblando, tomo nota mental para buscar algo de Reese Witherspoon o Sandra Bullock que ver en cuanto llegue a casa. Tengo que dejar ya las adaptaciones que Netflix hace de los libros de Harlan Coben. Saco el móvil y busco el último correo que me ha enviado el que va a ser mi nuevo jefe, el doctor Zachary Cove. Siguiendo sus precisas instrucciones, pulso el telefonillo etiquetado con el nombre del doctor Williams.

Se oye el sonido del timbre en el interior, pero no responde nadie.

—¡Hola?! —grito.

Cuando oigo el familiar sonido del desbloqueo de la cerradura, se me acelera el corazón. Intento canalizar vibraciones parecidas a las de Sandra Bullock en *La proposición* y bloquear las de tipo Sandra Bullock en *La red*. Respiro hondo y empujo la puerta para abrirla.

Es solo niebla.

No es más amenazadora que la lluvia. No significa nada. Esto solo puede acabar con mi asesinato, no es para tanto.

El *parquet* del pasillo está desgastado, aunque probablemente era bonito cuando lo instalaron, y podría volver a serlo si alguien se esforzara en adecentarlo un poco. Entro, dejo que la puerta se cierre a mi espalda y no intento amortiguar el ruido de mis tacones al subir las escaleras hasta el primer piso. Mi trabajo consiste en sentarme tras un escritorio en la sala de espera de una clínica privada, atender el teléfono, concertar citas, registrar nuevos casos, mecanografiar lo que se me dicte y realizar cualquier otra tarea administrativa necesaria para apoyar a un médico que atiende a sus pacientes dos días a la semana en su clínica privada. Ha sido el único puesto con un sueldo superior al salario mínimo, y dado que mi experiencia se limita a gestionar la carrera de Shane, agradezco cualquier trabajo. Según los cálculos meticulosos que he llevado a cabo, con este sueldo conseguiré ahorrar lo que me hace falta en solo diecinueve meses, y eso lo convierte en un empleo que no quiero perder. No me importa lo que me pidan, aunque hace un par de semanas vi, pegado a una farola, un folleto que ofrecía trabajo a tiempo parcial. Como añadían en letras mayúsculas en negrita que el sueldo era excelente, apunté el número. Después de colgar, entendí que sí tengo líneas rojas, y mi límite está en colaborar con el tráfico de drogas. Pero si se trata de una tarea legal y bien pagada, estoy dispuesta a hacerla sin rechistar.

Como explica mi jefe en el correo, en la segunda puerta del pasillo, cerca del final de las escaleras, hay un cartel transparente de material acrílico en el que se lee «*DOCTOR COVE*» en negrita y «*ESPECIALISTA EN MEDICINA INTERNA*» en versalitas más pequeñas. Suspiro aliviada y relajo los hombros al entender que me encuentro en el lugar correcto.

No conozco a mi jefe personalmente, solo he hablado con él por teléfono, pero en la agencia me aseguraron que era normal presentarse a un puesto temporal sin pasar ningún tipo de entrevista cara a cara. Aunque el doctor Cove haya mencionado que el trabajo puede convertirse en permanente, solo lo preciso durante diecinueve meses; veintiuno como máximo, considerando algunos gastos imprevistos. Si he hecho bien las cuentas —y así ha sido, porque es lo único a lo que me he dedicado desde que conseguí este trabajo el lunes—, cobrar este sueldo durante diecinueve meses significará que habré ahorrado ya el dinero suficiente para seguir con mi vida. Hace diez años tomé la terrible decisión de dejar la universidad para dirigir a tiempo completo la floreciente carrera como *speedway* de mi exnovio, aunque en realidad no tengo ninguna cualificación específica para ello, y mi experiencia laboral, al parecer, no cuenta mucho. Existen un montón de peculiaridades intangibles y difíciles de explicar en el hecho de «dirigir» a alguien, algo que descubrí cuando me puse a redactar el currículum por primera vez. Y además, por supuesto, no dispongo de referencias porque mi anterior jefe es también mi ex, y preferiría quedarme desnuda, a horcajadas sobre un caballete publicitario, en medio de Oxford Circus, antes que pedirle nada.

Bloqueo el pasado en mi mente y abro la puerta de la consulta. En el último correo el doctor Cove me comentaba que aparecerá sobre las diez y que me vaya «acomodando».

La estancia es luminosa, lo que me pilló por sorpresa. Tal vez porque he llegado atravesando una niebla espesa, me esperaba un espacio sin ventanas, vacío salvo por una camilla desvencijada y una bandeja llena de bisturíes. Sin embargo, parece que he salido de la película de terror y me encuentro en una sala de espera anodina. Da a la fachada de una casa de estilo georgiano, y tiene tres grandes ventanas de guillo-

tina que dan a la calle. No es una sala enorme —es evidente que la planta se ha dividido entre diferentes consultas médicas—, y la pared situada en el centro hace que las ocho sillas y el escritorio reduzcan el espacio y parezca un poco estrecho. Nunca había estado en la consulta de un médico privado, pero esperaba que fuera un poco más... elegante y glamurosa. Me quito el bolso del hombro y lo dejo sobre el escritorio, pero no me quito el abrigo; hace frío. Examino el radiador de estilo victoriano que hay bajo la ventana en busca de una rosca. Cuando la giro, empiezan a producirse algunos sonidos. Lo tomo como la señal de que se está calentando. Luego repito el proceso en el radiador de detrás del que supongo que será mi escritorio.

Sigo examinando la estancia. Está claro que la distribución parecería más amplia si hubiera una silla menos y el escritorio estuviera girado hacia la ventana. Será la primera sugerencia que le haga al doctor Cove cuando llegue.

Veó una mesita con revistas en un rincón, y también una palmera de buen tamaño justo al lado que parece dar sombra a *Country Living* y... (empiezo a hojear las revistas) a *Vogue Australia*; esta última es de noviembre de 2005. Creo que deberíamos actualizarlas un poco.

Tomo asiento en la silla de detrás del escritorio y giro trescientos sesenta grados. El tiempo que fui la agente de Shane trabajaba desde la cocina, por lo que nunca he dispuesto de una silla de oficina en condiciones. Los cajones del escritorio están vacíos, salvo por una moneda de un penique y un clip. No hay ordenador ni nada. Ni siquiera un bloc de notas, un bolígrafo o un taco de notas adhesivas. Menos mal que llevo en el bolso un cuaderno y un bolígrafo, como siempre. Solo hay algo mejor que una tarta de manzana recién salida del horno, y es un buen artículo de papelería.

Me levanto y me planto delante de la puerta con solo dos pasos. Debe de ser la sala donde el doctor Cove atiende a sus pacientes, pero está cerrada.

¿Cómo voy a «acomodarme» si no hay nada que hacer? Me acerco a las ventanas, que están bastante sucias. Tal vez haya productos de limpieza en algún sitio.

Salgo del despacho dispuesta a explorar los alrededores. Las demás puertas de esta planta están cerradas y no se oyen ruidos, ni siquiera cuando pego la oreja a la que veo justo enfrente de las escaleras. Sin embargo, alguien me ha dejado entrar; seguro que quien sea sigue en el edificio.

—¡Hola?! —grita alguien cuando estoy en la mitad del segundo tramo de escaleras.

—Hola —respondo.

Entonces una mujer de pelo negro y flequillo recto se asoma por la barandilla.

—¿Ellie Frost?

Sonrío. Alguien me está esperando.

—Sí. Soy la nueva ayudante del doctor Cove.

—Ay, sí..., el doctor Cove. —Y hace un sonido como si estuviera saboreando un trozo de chocolate—. Todavía no lo he visto en la consulta, pero lo he buscado en internet.

¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? Seguramente porque me puse a mirar en Google qué hacen las asistentes de los médicos. Por cierto, la descripción del trabajo no es muy específica.

—Sube. El *office* está aquí arriba.

Desaparece y voy en pos de ella.

Cuando llego al final de la escalera, veo que agita la mano desde la puerta que hay más arriba del rellano.

—Aquí...

Voy hacia allí y la encuentro en una cocina diminuta, donde apenas cabemos las dos. Se ha aplicado un pintalabios

rojo tan brillante que yo nunca podría llevarlo, aunque contrasta a la perfección con su pelo negro y su piel blanca como la nieve.

—Soy Jen, y tú eres Ellie, ¿verdad? Te enseñaré ahora mismo todo este lugar, aunque tampoco es que haya mucho que mostrar. Esta es la primera parada; aquí es donde sucede todo. Sé que parece un armario, pero está bastante insonorizado si cierras la puerta. Cada vez que quieras desahogarte o airearte, ven aquí. Por cierto, no uses los baños bajo ninguna circunstancia. Siempre te encontrarás en ellos a algún paciente. No sé si están al acecho o qué, pero a mí me han pillado muchas veces quejándome del doctor Newman. —Suspira como si deseara poder echar pestes contra su jefe donde quisiera. Jen me cae bien al instante—. Este es el lugar al que debes venir. Además, normalmente te encontrarás con alguna de nosotras y podrás desahogarte. Básicamente compartimos todas las crisis.

Lo dice como si trabajáramos para Elon Musk o algo así. ¿En serio que los médicos pueden ser tan feroces?

—Espero que sea agradable trabajar para el doctor Cove. No lo conozco...

Levanta la palma de la mano para interrumpirme.

—Es médico. Por lo tanto, será difícil trabajar para él. Es un hecho comprobado. La parte positiva es que solo viene dos días a la semana. Como todos los demás, se creará Dios, y como tú no tienes el título de Medicina, supondrá que no posee ni dos neuronas. Según mi experiencia, son todos iguales.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

Se encoge de hombros.

—Llevo dos años con el doctor Newman. Antes de eso, estuve con el doctor Scalding en Harley Street.

—Esta es la primera consulta privada que pone el doctor Cove, ¿verdad? —me intereso.

—Sí, es un novato. Lo que significa que es joven. —Me guiña un ojo como si compartiéramos un secreto, pero no es así—. La mayoría empiezan a su edad. Obtienen una plaza fija en la sanidad pública y luego ejercen un par de días en la práctica privada.

—¿Por el dinero? —pregunto.

—Sí, sobre todo, pero a algunos les gusta más el contacto con los pacientes en una consulta que en el hospital, donde deben asistir a mucha más gente en un tiempo limitado. Y se enfrentan a menos trámites administrativos porque nos pagan para que los hagamos nosotras.

—Solo es un empleo temporal —le confieso—. Solo voy a quedarme un tiempo. —Al menos el tiempo que me lleve reunir el dinero suficiente para matricularme en Le Cordon Bleu.

Se encoge de hombros.

—A los médicos se les da tan mal el tema administrativo que o se olvidan de pagarte o se olvidan de despedirte.

El corazón me da un vuelco. ¿Se olvidará el doctor Cove de pagarme?

—¿Puedo saltarme la primera opción y escoger la segunda?

—Por supuesto.

No me queda más remedio que ser la mejor asistente del mundo, hasta el punto de que el doctor Cove no pueda trabajar sin mí. Que sienta tal terror ante la idea de que me vaya que, en todo caso, me suba el sueldo. Si pude gestionar la carrera de Shane como *speedway*, puedo gestionar la agenda de un médico que solo ve pacientes dos días a la semana y conseguir que me pague a tiempo. Nada puede ser más difícil que lograr que Shane hiciera lo que no quería aunque fuera bueno para su carrera, como no llamar «cielo» a todas las mujeres con las que se cruzaba. Por no hablar de ese inci-

dente en Twitter en el que retuiteó un *gif* de @lasmujeresno-deberíanvotar.

—Gracias por el aviso. Tendré que conseguir que no se olvide de mí.

—Esa es la actitud —dice—. Además, mientras no te tomes su mal humor y sus malos modos como algo personal, te irá genial.

Sonrío.

—Gracias. Acabas de comentar que has buscado al doctor Cove en internet. ¿Encontraste algo interesante?

—Nada aparte de lo evidente. No ha protagonizado ningún escándalo ni ha sido objeto de ninguna investigación del colegio de médicos. —Abre la puerta—. Vamos, te enseñaré dónde están los baños.

¿Aparte de lo evidente? Debería haberlo buscado yo misma.

—Bueno, en realidad solo venía a coger papel de cocina y... —Abro los armarios de la cocina uno tras otro hasta dar con un limpiacristales—. Y esto. Las ventanas están un poco sucias. —Tomo nota mental para llevar también un poco de agua para la palmera.

—Hay servicio de limpieza.

—No importa. No estaba haciendo nada y tengo que volverme inolvidable, ¿recuerdas?

Sigo a Jen para salir de la pequeña cocina por el pasillo.

—Tienes un fregadero en la consulta; lo que no hay es cafetera. Es lógico, porque el doctor Cove está empezando, pero en algún momento comprará una.

Asiento. Puede que al final tenga que gestionar también un pequeño presupuesto.

—El doctor Newman tardó dos años en adquirir una de esas maquinillas, pero por fin la tenemos desde hace un par de meses. A los pacientes les encanta. Les da algo con lo que entretenerse si él se retrasa.

—¿Son frecuentes los retrasos? ¿Es por esperar los resultados de las pruebas o...? —Me detengo al darme cuenta de que no tengo ni idea de si los pacientes esperan los resultados de las pruebas en la consulta o no. ¿Los internistas solicitan análisis de sangre?

—Por supuesto. Ah, y me he encargado de que el doctor Cove trabaje con TBTC, el laboratorio de análisis que hay más allá de Wimpole. Todos los médicos del edificio recurren a ellos. Si los pacientes necesitan hacerse pruebas, debes enviarlos allí.

—Gracias —respondo—. ¿Debería saber algo más? Incluso lo más evidente podría no serlo para mí. —Quería saber qué era tan *evidente* para ella, tanto sobre el trabajo como sobre el doctor Cove.

Señala los lavabos cuando llegamos al final de la escalera.

—Ahí los tienes, pero si necesitas algo, estaré por aquí.

Nos detenemos ante la puerta.

—Supongo que no sabes dónde puedo conseguir un ordenador...

Niega con la cabeza.

—Lo siento, no. Quizá el doctor Cove te mande a comprar uno. Todos son bastante despistados en lo referente a las cosas banales. Sin embargo, todos los médicos con consulta en el edificio disponen de un número de soporte técnico.

Algo que me será útil cuando por fin tenga un ordenador. Tal vez el doctor Cove es uno de esos tipos anticuados a los que les gusta hacerlo todo en papel. Dios, espero que no.

—Vale, bueno, voy a limpiar las ventanas y me pondré al día más tarde.

—*Ciao!* —Me lanza un beso y yo sonrío, como si fuera algo normal en una casi desconocida.

Vuelvo a la sala de espera y empiezo a limpiar los cristales. No pienso ponerme a reorganizar la sala de espera hasta que conozca al jefe y sepa lo que le gusta y lo que no. No quiero alterar el orden tan pronto. Sin embargo, nadie se quejaría de tener las ventanas limpias.

Llevo una falda negra por la rodilla que me aprieta un poco, pero, si me la subo, puedo encaramarme a una de las sillas de la sala de espera para llegar a la parte más alta de las ventanas. Estoy segura al setenta y ocho por ciento de que ninguno de los peatones que pasean por la calle verá mi ropa interior, sobre todo porque ese porcentaje de paseantes no mirarán hacia arriba.

En ese momento, la puerta de la sala de espera se abre de golpe y, al igual que le ocurrió a mi hermano cuando mi madre lo pilló mirando la sección de lencería de la página web de *Next*, lanzo un grito y me caigo al suelo.

Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y ver a un dios griego a mi lado.

—¿Qué está haciendo? —pregunta.

Miro con intensidad la boca más perfecta que he visto nunca. Sus labios son carnosos y del color de las cerezas maduras, y el arco de Cupido tiene picos que provocarían los celos del Everest.

—Creo que me hace falta un boca a boca. —Las palabras salen de mis labios antes de que mi cerebro pueda encajar todas las piezas y me dé cuenta de que seguramente estoy hablando con mi jefe.

—Solo ha estado inconsciente un segundo. Lo que necesita es sentarse.

Definitivamente no es un príncipe azul, porque ni siquiera me ofrece la mano. Me incorporo y la realidad me golpea como un mazo. Tengo la falda casi a la altura de las orejas, increíble. Espero que este hombre sea el doctor Newman,

que ha venido a ver cómo va la palmera, y no el jefe nuevo al que intento impresionar. No solo me he caído, sino que también acabo de enseñarle las bragas al Doctor Boca Perfecta.

—Estoy bien —digo.

—¿Qué hacía ahí subida?

—Estaba limpiando las ventanas; están un poco sucias.

—Entrecierro los ojos e intento averiguar qué parte de la cabeza me duele.

Frunce el ceño.

—No lo vuelva a hacer. El edificio dispone de servicio de limpieza, igual que un montón de edificios por la zona. Pídale el número a Jen.

De nada. Lo pienso, aunque no lo digo.

Me pongo de pie, y retrocede como si esperara que me abalanzara sobre él. Acabo de poner fin a una relación de diez años, así que, si alguna vez estoy preparada para volver a salir con alguien y para abalanzarme de forma inapropiada sobre un hombre al que acabo de conocer, en especial uno tan atractivo como este, no va a ser hoy. A este tipo solo quiero impresionarlo, no besarlo. O eso creo...

—¿Es usted el doctor Cove? —Los dos hemos asumido que sabemos quién es el otro, pero una presentación formal tampoco me parece una idea descabellada—. Yo soy Ellie.

—Le he comprado un portátil. —Señala con la cabeza la caja precintada que hay sobre el escritorio y yo intento concentrarme en lo que dice en lugar de en la barba incipiente que le cubre la mandíbula. Una vez, después de tener una discusión con Shane, me pasé toda la tarde husmeando en Google para investigar sobre la idiosincrasia masculina. Al parecer, el atractivo de un hombre tiene mucho que ver con su mandíbula. Y lo que provoca que esa parte de su anatomía sea más atractiva es el ángulo gonial o, lo que es lo mismo,

el ángulo entre la línea de la rama y la línea mandibular. El doctor Cove tiene la línea de la rama más larga y el ángulo gonial más agudo que he visto nunca. Y eso lo convierte en un ejemplo andante de esa teoría, porque es *guapísimo*. Tan guapo que, cuando habla, resulta un poco molesto, porque solo quiero mirarlo a la cara.

—Por el momento, usaremos el calendario de Google para programar las citas.

Trago saliva y miro hacia otro lado, como si su mandíbula no fuera para tanto.

—Vale.

Quiero preguntarle si no debería ir al hospital, dado que hace nueve segundos estaba inconsciente. ¿Puedo tener la certeza de que, como es médico, si corriera peligro, me lo diría? ¿Qué saben los internistas sobre conmociones cerebrales?

—Ah, y no se vaya sin decírmelo. Tengo que observarla durante unas horas para asegurarme de que no tiene una conmoción.

Antes de que pueda responder, cruza la puerta a su despacho y la cierra.

¿Eso es todo? ¿Nada de establecer expectativas sobre mi papel en la consulta o de decirme cómo va a ser la semana? Y yo estaba tan hipnotizada por su mandíbula que me he olvidado de hacerle las preguntas más básicas. Ni siquiera sé cuándo llegará el próximo paciente.

Echo los hombros hacia atrás y cambio de actitud. Estoy dispuesta a ignorar las miradas del doctor Cove y el hecho de que me haya visto las bragas hace pocos minutos, así que atravieso la estancia y llamo a su puerta.

—Adelante —dice.

Este lugar está más desnudo incluso que la sala de espera, solo hay un escritorio y una silla frente a la ventana de estilo

georgiano que ocupa una pared, además de una camilla para reconocimientos, un lavabo y un par de armarios. Él ni siquiera tiene una palmera.

—¿Podría decirme cuándo espera a su próximo paciente?
—pregunto, centrándome en sus ojos para no ser víctima de nuevo de esa mandíbula hipnótica. Me pilla desprevenida de nuevo, porque sus ojos son muy azules y tienen una intensidad casi melancólica. Malditos sean él y su belleza—. ¿Podríamos sentarnos para repasar algunos temas?

Sale un chillido de su teléfono y me doy cuenta de que lo sostiene en la mano. He interrumpido una conversación. Cierro los puños. Tengo que arreglármelas para arrasar en el trabajo, todo mi futuro depende de eso, y no me está yendo nada bien.

—No tengo pacientes por el momento, se lo comunicaré a su debido tiempo. Sin embargo, podemos repasar cualquier duda que le surja.

Asiento y salgo de su despacho.

Debo recuperarme y elaborar la mejor estrategia para interactuar como una asistente capaz y proactiva, porque la realidad es que tengo un jefe muy atractivo con una actitud brusca.

Quizá pueda sugerirle que se ponga una bolsa de papel en la cabeza mientras hablo con él.

2

ZACH

Algo va mal.

Incluso aunque pase por alto el hecho de que mi única empleada se ha caído y se ha desmayado el primer día de trabajo, algo no va bien. Tal vez todo está demasiado tranquilo y no es a lo que estoy acostumbrado. El ritmo en una consulta en Wimpole Street es muy diferente al de cualquier hospital de Londres.

Mi teléfono vibra y lo saco del bolsillo.

Pulso «aceptar» y me dejo caer en la silla que hay detrás del escritorio.

—¿Qué tal todo? —pregunta mi madre.

—Acabo de entrar por la puerta —respondo.

—¿No estás emocionado?

—Si solo llevo aquí cinco minutos... —Y la cuestión es que no estoy emocionado. Tal vez sea eso lo que pasa. Acabo de abrir una consulta privada, igual que muchos de mis compañeros cuando obtienen una plaza pública. Es la oportunidad para trabajar por mi cuenta, alejado del papeleo y de las tonterías políticas del hospital. Es la oportunidad de ganar dinero de verdad y de forjar vínculos a largo plazo con mis pacientes, en lugar de examinarlos durante cinco minutos y no volver a verlos nunca más. Espero que este cambio me permita disfrutar más de mi trabajo.

Pero, aun así, no me siento emocionado.

—¿Cómo es tu asistente? No puedo creerme todavía que hayas contratado a una persona sin conocerla.

—Mantuvimos una conversación por teléfono, y, de todos modos, es un empleo temporal. —Y estaba disponible con poca antelación. Su currículum era un poco raro, pero cuando hablé con ella había parecido entusiasmada. Así, al menos lo está uno de los dos.

Oigo que mi padre grita algo al fondo.

—Vale, John —dice mi madre—. Tu padre quiere saber de qué forma te estás promocionando. Vio un artículo sobre ese tema en alguna revista. Aunque yo no creo que lo necesites; la gente sabe quiénes son los médicos buenos. —Hace una pausa—. Has hecho todo lo habitual, ¿no?

Por lo visto, supone que sé lo que es habitual.

—Se lo has comentado a la gente —prosigue—. A compañeros en el hospital y amigos de la facultad de Medicina. A ese tipo de gente.

La respuesta es no.

—Estoy en ello. —Giro la silla y me fijo en la pizarra blanca que tengo detrás. Podría ser útil. Abro uno a uno los tres cajones del escritorio; están vacíos. Deberíamos comprar algunos artículos de papelería—. Lo sabe la gente del hospital. Y también algunos compañeros de la facultad.

—¿Tienes dirección de correo y página web? —insiste.

Respiro hondo. Ni siquiera he pensado en hacer una página web.

—Tengo una reunión con mi asistente en cuanto cuelgue el teléfono. Debo darle algunas indicaciones.

—¡Que se promocione! —grita mi padre al fondo—. ¡Tiene que promocionarse!

—No le hagas caso —dice mi madre—. Por ahora concéntrate en estar a gusto ahí. El trabajo irá surgiendo. No te preocupes.

No estoy preocupado. Ese es el problema. Además, mi padre no se equivoca. He sido testigo de cómo actuaron otros compañeros al lanzarse al sector privado, y encargaron una página web, un logotipo y llevaban los bolsillos llenos de bolas antiestrés con su teléfono impreso para repartir entre todo aquel que se acercara a ellos. Todos fueron mucho más organizados que yo.

—Sí. Acabo de empezar —digo.

—¿Las aseguradoras ya te han aceptado como parte de su cuadro médico?

Me estremezco. Tengo claro que sin la aprobación formal de las principales aseguradoras médicas, sus usuarios no podrán convertirse en mis pacientes. Sin el reconocimiento de las aseguradoras, no tengo consulta.

—Todavía no. Ya sabes que estas cosas llevan su tiempo. —Y como aún no he enviado la información precisa para solicitar la conformidad de las aseguradoras, es poco probable que me comuniquen su aprobación. Así que debo anotar eso lo primero en la lista de tareas pendientes y, justo debajo, que debo contratar a alguien para que me diseñe una página web. Y comprar rotuladores para la pizarra blanca.

Oigo voces en la sala de espera, pero no espero a ningún paciente, por lo que es probable que alguien que se haya equivocado de consulta.

—Y, de todos modos, será mejor que te deje —digo—. Ya te he dicho que tengo una reunión con mi asistente.

—Estoy orgullosa de ti, cariño.

Asiento. Es lo que nos dice siempre a mis hermanos y a mí. No estaría ni la mitad de orgullosa si supiera lo pasota que estoy siendo en este nuevo comienzo.

Me levanto y me acerco a la puerta. Las voces son cada vez más fuertes.

—Te quiero, mamá. Te llamaré más tarde..., si puedo.
—Cuelgo y abro la puerta para encontrarme con un payaso que lleva cuatro globos en la mano y que exige verme.

Lo normal cualquier jueves por la mañana.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunto, tratando de comportarme de forma natural a pesar de que me estoy dirigiendo literalmente a un payaso.

—¿Es usted Zach Cove? —Tiene un marcado acento cockney, y no puedo evitar pensar que, si esto fuera un thriller de Harlan Coben y yo respondiera que sí, él podría sacar una pistola y dispararme.

Allá voy.

—Sí, soy el doctor Cove.

—Por fin —dice, exasperado—. Felicidades y enhorabuena. —Entona el éxito de Cliff Richard que cantaba mi abuela en todas las ocasiones importantes y que ahora tararea mi madre en su lugar.

¿Qué he hecho para merecer esto?

Lleva cuatro globos en la mano; en este momento, odio a mis cuatro hermanos. Creo que ha debido de ser idea de Beau, y que ha sido Nathan quien ha puesto la tarjeta de crédito.

Me quedo quieto, y dejo que el payaso haga el trabajo por el que le han pagado.

Cuando termina, me mira, yo lo miro y me da los cuatro globos, uno por cada uno de mis hermanos. Tienen forma de estrella y son de diferentes colores.

—Al parecer, usted sabe quién me manda.

Asiento, y él se encoge de hombros antes de darse la vuelta y marcharse.

—Vamos a tener una reunión ahora mismo —digo a Ellie, que está sentada detrás de su escritorio, con la mirada clavada en la puerta por donde acaba de salir el payaso—. Será mejor que nos preparemos.

Vuelvo a mi despacho, con los globos balanceándose y chirriando a mi espalda.

—¿Para qué debo estar preparada? ¿Es probable que vuelva a ocurrir? —pregunta; entra con un bloc y un bolígrafo en la mano. Es más atractiva de lo que esperaba. Tiene el pelo largo y castaño, y lo lleva recogido en una coleta, aunque se le han soltado algunos mechones a los lados. Es guapa. Es raro, y no me refiero a que su pelo sea raro, sino a que hacía tiempo que no me fijaba en el pelo de una mujer.

—Es difícil de predecir. —He aprendido a no dar por hecho que mis hermanos no van a cometer alguna estupidez más; siempre se vuelve en mi contra. Suelto los globos, que suben hasta chocar con el techo.

—¿En serio? —pregunta.

—Estese preparada para cualquier cosa inesperada —comento como si poseyera la sabiduría de alguna especie de maestro Jedi. Aunque estoy casi seguro de que no habrá más sorpresas en este trabajo.

—De acuerdo. ¿Prefiere que venga vestida con traje? —Toma asiento frente a mi escritorio—. ¿O es un uniforme lo que tiene en mente? Soy flexible.

Ignoro la agitación en mis pantalones ante la idea de que se vista de criada francesa y haga cosas flexibles frente a la ventana.

—Venga bien vestida —respondo. Lo mire por donde lo mire, está claro que no solo no he preparado las múltiples cuestiones que afectan a este nuevo capítulo de mi carrera, sino que ni siquiera he pensado en cuáles serán esas cuestiones—. De momento, sin uniforme. —Quizá más adelante quiera que lleve un uniforme. O tal vez no. No puedo pensar en eso ahora—. Antes de nada, debemos hacer un pedido de artículos de papelería. —Levanto la barbilla para señalar la pizarra—. Por ejemplo, rotuladores...

Arquea las cejas como si viera claramente que no tengo ni idea de lo que digo, pero lo anota de todos modos.

—También nos harán falta tarjetas de visita y papel con membrete. —*¿Algo más?*—. Ese tipo de cosas —añado por si se me ha pasado algo obvio.

—Vale. ¿Cómo quiere que sea? Es decir, ¿la consulta va a tener nombre o será solo suya?

—Solo yo —alego como si estuviera seguro—. Quiero algo muy sencillo.

—He visto que no tiene página web. ¿Quiere encargarse una? —pregunta—. Podría informarme al respecto y pedir algunos presupuestos.

—Sí. Bien.

Esa chica va un paso por delante, lo que me resulta tranquilizador y desconcertante al mismo tiempo.

—¿Y aún no tiene ningún paciente?

Niego con la cabeza.

—Hoy es el primer día. Antes tengo que recibir la aprobación formal de las aseguradoras. No conseguiré pacientes si no formo parte de su cuadro médico.

Ladea la cabeza, dejando a la vista su largo cuello.

—Mmm, y es muy atractivo. ¿Ha pensado en contratar a una empresa de relaciones públicas o en tener un agente? Podría trabajar en televisión. Ya sabe, ser el médico de la tele en uno de esos programas matinales.

Me da la impresión de que ella está corriendo a mil por hora y yo aún no he empezado la carrera.

—No me interesan esas cosas —digo.

¿Acaba de decir que soy muy atractivo?

—¿No conocerá a algún famoso? —insiste—. He trabajado como relaciones públicas y podría ponerme en contacto con algunas de las personas que conozco y conseguir cobertura si está atendiendo a alguien famoso.

—Tendría que mirar —replico, y no puedo reprimir el tono sarcástico de mi voz—. Pero estoy casi seguro de que tengo que mantener la intimidad de mis pacientes con respecto a sus dolencias, sean famosos o no...

Se ríe como si fuera yo quien acabara de soltar una idiotez.

—No daríamos nombres, nos limitaríamos a decirle a la gente que es el «médico de las estrellas». Ya sabe, algo así. Pero si no le interesa ser el centro de atención...

—No me interesa.

Asiente y da unos golpecitos en el bloc con el bolígrafo.

—¿Se ha puesto ya en contacto con las aseguradoras?
—cambia de tema—. Podría ayudarle.

—Creo que lo mejor es que ponga en marcha el ordenador. Ya sabe a qué me refiero: registrar direcciones de correo para los dos, encargarse de las tarjetas de visita y diseñar un formato para las recetas que parezca profesional... Sí, creo que ese sería un buen comienzo. —Mejor que sepa lo que exigen las aseguradoras y todo lo que implica antes de delegar la tarea.

—Perfecto —dice ella—. Eso me mantendrá ocupada todo el día. Y, por supuesto, encargarse de material de papelería.

Saco la cartera.

—Use esta tarjeta de crédito para pagar los gastos.

—Excelente —responde—. ¿Y los suministros médicos?
¿Necesitará... guantes o algo así?

—En el edificio nos proporcionan todo eso. Hable con Jen. Voy a hacer algunas llamadas. —No tengo que hablar con nadie, pero sí puedo buscar información sobre las aseguradoras y cómo trabajar para ellas. Y quiero apuntar algunas ideas que he tenido para la novela de misterio que escribo desde hace casi diez años. Hace tiempo que no añado nada sustancial. Ni siquiera lo he intentado desde hace un par de

meses, pero como no tengo pacientes y parece que mi asistente es muy hábil, por primera vez en mucho tiempo dispongo de la oportunidad de probar algunas ideas. Con o sin rotuladores para la pizarra.

3

ELLIE

Espolvoreo un poco de harina sobre la superficie de trabajo y dejo la masa encima.

—No hace falta que te tomes tantas molestias —dice Cynthia desde el taburete donde está sentada con una copa de vino en la mano, observándonos a la masa y a mí—. Podríamos haber pedido comida a domicilio.

Pongo los ojos en blanco. Como si fuera a ocurrírseme pedir algo por teléfono. Si puedo elegir, siempre prefiero cocinar. La quiche de queso y cebolla se elabora con alimentos sanos al cien por cien, por tanto, resulta muy agradable prepararla. Además, mientras se va haciendo, te inunda la anticipación al verte envuelta por los olores. Y no es una quiche cualquiera, sino de queso.

—Tengo que acostumbrarme a usar esta cocina. —Hasta hace un mes, vivía con Shane en una preciosa casa en Buckinghamshire, donde disponía de una estancia al menos diez veces más grande que esta.

—¿Es más difícil preparar comidas en una cocina pequeña?

Hasta el mes pasado, Cynthia y yo llevábamos un par de años sin hablar. Había sido mi mejor amiga desde que nos conocimos en el colegio, pero a medida que fue avanzando mi noviazgo con Shane, fui perdiendo el contacto con todos

los que formaban parte de mi mundo. Incluso a mis padres —que nunca se habían recuperado del todo de mi decisión de dejar la universidad— los veía de forma ocasional. Pero Cynthia no vaciló cuando la llamé para decirle que precisaba ayuda para irme de casa de Shane y de lo que yo había creído que era mi hogar. El destino dispuso que su contrato de alquiler terminara justo en el momento en que yo necesitaba un lugar donde vivir. Así que ahora es mi compañera de piso. Estoy en otro barrio y disfruto de un nuevo comienzo después de pasar más de diez años con el hombre con el que siempre había pensado que compartiría el resto de mi vida. Así que me siento sumamente agradecida por enfrentarme a ese cambio con una amiga a mi lado.

—No —respondo, dando forma a la masa con las palmas de las manos—. Es una buena práctica. En Le Cordon Bleu ni siquiera disponemos de este espacio. Tienes un metro cuadrado para hacer tus platos.

—Otra ventaja más de que te hayas ido de esa enorme casa. —Me muestra la misma sonrisa comprensiva que yo ofrecía a la gente cuando se enteraba de que yo era la agente de Shane.

—Exacto. —Paso el rodillo enharinado haciendo presión sobre la masa y empiezo a aplanarla. Intento ver siempre la parte positiva de que me haya separado de Shane. No puedo negar que tengo más tiempo para cocinar. Además, Cynthia ha vuelto a formar parte de mi vida. E incluso mis padres vinieron a ayudarnos la semana que Cynthia y yo nos mudamos a este apartamento. Fue entonces cuando me di cuenta de que era la primera vez que los veía desde hacía casi dos años. Me sentí tan avergonzada que quise que se me tragara la tierra. Espero poder compensarlo visitándolos con frecuencia. Quizá así empiecen a perdonarme, aunque mi madre jamás dejará de mencionar la carrera que podría haber tenido.

Y no hace falta que mi madre me lo recuerde. La terrible decisión que tomé con solo dieciocho años me perseguirá el resto de mi vida como el olor a cebolla quemada.

—Estaba de broma —dice.

—Pues yo hablo completamente en serio. Además, incluso aunque hubiera tenido la oportunidad, no habría podido pagar esa casa yo sola.

—¿Y no ha accedido a pagarte ningún tipo de finiquito, a pesar de que estuvisteis juntos tantos años?

—No se lo he pedido. Tengo algunos ahorros.

No había escondido dinero de Shane a propósito, pero todos los meses había ahorrado un pequeño porcentaje de lo que ganábamos. Consideraba que era para nosotros, por si venían malos tiempos, o para nuestra jubilación. Cuando, durante la separación, me quedó claro que iba a quedarme sin trabajo y sin casa, y que no íbamos a alcanzar ningún tipo de acuerdo económico, le oculté que tenía esos ahorros. Shane siempre se había negado a pagarme un sueldo, decía que no tenía sentido porque lo compartíamos todo. Y así fue..., hasta que dejamos de hacerlo. Así que con esos ahorros pagaré la matrícula en Le Cordon Bleu. Con ellos y con los diecinueve meses de sueldo que me pagará el doctor Cove.

—Pero también has perdido tu trabajo.

—Como él dijo, si hubiera querido, habría podido quedarme. Marcharme fue una elección personal.

—Después de engañarte. ¿Cómo podía esperar que te quedaras?

La respuesta corta es «Porque es un imbécil egocéntrico». Soy muy buena en mi trabajo y no encontrará a nadie mejor, algo que en el fondo debe de saber. Pero ¿cómo iba a quedarme mientras presentaba a su nueva chica a sus amigos, sus compañeros y sus esposas y parejas, con las que me había re-

lacionado a lo largo de los años? Así que perdí a mi novio, mi casa, mi trabajo y mi círculo social de un plumazo.

Me concentro en la masa: en su consistencia perfecta y en su grosor uniforme. Me ha llevado un tiempo conseguir que me salga así. Pero, como la mayoría de las cosas que valen la pena, requiere práctica.

—Lo siento —dice Cynthia—. Todavía sigo furiosa con él.

—Lo sé —respondo—. Yo tampoco lo he incluido en la lista de personas a las que mandaré tarjetas en Navidad. Pero intento ver el lado positivo, y no voy a gastar más energía en él. Tengo una compañera de piso estupenda a la que le gusta acompañarme cuando quiero beber vino, ahora cocino más e incluso tengo trabajo. —No puedo seguir pensando en Shane. Aún está todo demasiado reciente y me resulta doloroso. Es como si debiera mantener la quemadura bajo el agua fría; aún no estoy lista para vendarla.

—Cuéntame más cosas sobre tu jefe. ¿Puedo buscarlo en internet? ¿Cuál es su nombre completo? —Se lo digo y chilla cuando ve las fotos del doctor Cove en Google—. ¡Es guapísimo! ¿Está soltero?

—Ni idea. —Saco una fuente de un armario. Cuando mi relación con Shane terminó, no me quedó casi nada. No tenía dónde vivir ni muebles. Intenté razonar con él para quedarme uno de los coches, pero me dijo que lo había pagado él con su dinero. Así que no dije ni una palabra del contenido de la cocina. Como Shane estaba ausente el fin de semana que me mudé, me llevé todos los utensilios culinarios. Le dejé un cuchillo, un tenedor, una cuchara y un plato. El resto —todos los vasos, batidoras y tarteras— se vino conmigo.

—¿Ha mencionado el Doctor Guapísimo que tenga esposa o novia? ¿Has visto alguna foto en su escritorio o un anillo en su dedo?

Lo reconozco, le he mirado el dedo anular. Supongo que se trata de un instinto ovárico o algo así. Llevaba tanto tiempo con Shane que ni siquiera me fijaba en lo atractivos que eran otros hombres, pero resulta biológicamente imposible que incluso un radar en huelga como el mío no detectara a Zach Cove.

—Me he centrado en el trabajo. Sabes que tengo que impresionar a ese tipo para conservar el trabajo durante diecinueve meses.

Empuja la silla hacia atrás al tiempo que suelta un resoplido desdeñoso.

—Eres muy organizada y estás acostumbrada a resolver problemas. Si resulta que el Doctor Guapísimo es un tipo malcriado, tú eres entonces la susurradora de los *impacientes* niños malcriados. Además, eres la persona más agradable que conozco. Vas a arrasar en el trabajo.

—En primer lugar, eres abogada. No es que tengas muy alto el listón para considerarme la persona más agradable que conoces. —La madre de Cynthia y la mía eran amigas. Así que mi madre siempre me la ponía como ejemplo de dónde podría haber llegado, de lo que podría haber conseguido si me hubiera quedado en la universidad.

—Cierto —reconoce.

—Por otro lado, el doctor Cove no es mi novio, y no creo que llegue a saber si puede o no ser un poco malcriado. —De hecho, no me pareció nada malcriado. Más bien... irritado y tenso. Quizá solo se trata de que no le gusta mucho la gente.

—Confieso que me gustaría ver *cada* lado y *cada* ángulo del Doctor Guapísimo.

Cynthia sigue salivando ante las imágenes de mi jefe y yo termino de acomodar la tarta y la meto en el horno.

—Quizá acabéis teniendo una aventura salvaje en la consulta en la que haga que te inclines sobre la camilla o te haga cosas con el estetoscopio.

—He dicho que estaba tratando de impresionarlo, no de asustarlo. No me he depilado la línea del bikini desde que dejé a Shane. —Hábitos de depilación aparte, no existe ni la más remota posibilidad de que acabe desnuda delante del doctor Cove. No puedo arriesgarme a poner en peligro el trabajo antes de haber ahorrado para la matrícula de Le Cordon Bleu.

—Mientras eso se hace en el horno, voy a investigar un poco. —Me he traído el portátil del trabajo a casa porque quería averiguar cuál es el proceso para conseguir el beneplácito de las aseguradoras que ha mencionado el doctor Cove. Por alguna razón, no me ha parecido demasiado ansioso por ponerlo en marcha, aunque no tendrá ningún paciente hasta que lo haga. Y lo último que necesito es que decida cerrar la consulta antes de abrirla y que vuelva a dedicar todo su tiempo al Servicio Nacional de Salud. Tengo que ayudarlo a conseguir pacientes, solo así podré conservar mi trabajo.

—Tienes que prometerme algo —me pide Cynthia.
Me quito el delantal.

—¿Qué?

—No te entregues a este trabajo como lo hiciste con Shane.

Frunzo el ceño.

—Esto es completamente diferente. Shane era mi novio.

—Pero lo dejaste todo por él, y me preocupa que esa sea tu actitud por defecto. Tienes un trabajo nuevo, ¿de verdad hace falta que te pongas a trabajar en casa un jueves a las ocho y media? Ya has dado mucho de ti a un hombre que no te merecía. No vuelvas a cometer el mismo error.

—Trabajar para el doctor Cove es un medio para conseguir un fin. Conservar este empleo significa que podré sacarme el *Grand Diplôme*. No hago nada por él que no me beneficie a mí.

—He hecho los cálculos una y otra vez. Este trabajo es la ruta más rápida a Le Cordon Bleu. Trabajar en la consulta diecinueve meses es completamente asumible, incluso si el doctor Cove termina siendo un demonio. Si solo ganara el salario mínimo, tardaría treinta meses, quizá más, dependiendo del alquiler y las facturas. No, tengo que centrarme en conservar este puesto cueste lo que cueste.

He aprendido la lección. Pensaba que mi relación con Shane era inquebrantable y, sin embargo, aquí estoy después de la ruptura, diez años mayor, sin carrera y sin conservar nada más que un montón de utensilios de cocina.

Pero, tal vez, eso es todo lo que necesito.